

NORMAN MANEA

DOS CUENTOS

Traducción de AURELIA ÁLVAREZ

Norman Manea, narrador y ensayista rumano que estuvo recientemente en México, en el encuentro "El siglo XX: la experiencia de la libertad"; nació en 1936 y pasó cinco años en un campo de concentración en Ucrania, al que fue deportado con el resto de la población judía de Bucovina. Traducido al alemán, al italiano, al holandés, al inglés y al francés, Manea, que hizo en su juventud estudios de ingeniería, es

actualmente profesor de literatura en la Bard University. "No tengo la menor duda", escribió Heinrich Böll, "de que Norman Manea, más que cualquier otro autor contemporáneo, merece ser reconocido mundialmente". Los dos cuentos que presentamos han sido traducidos, con la autorización del autor, de la versión francesa de Alain Paruit publicada por la editorial Albin Michel (Le thé de Proust, 1990.)

LA MUERTE

EL JUEGO REQUERÍA QUE, apenas el ruido las tocaba, las niñas se inmovilizaran. Ni una fibra se estremecía entonces. No pestañeaban, no se movían. Ni siquiera cuando el grito o una piedra golpeada de cierta manera, la imitación de un estampido, un casco de vidrio que tocaba una pared, las sorprendían en plena carrera, saltando, llevando agua, peinándose, en las actitudes más extrañas, que no les permitían mantener el equilibrio por mucho tiempo.

Recientemente, había ocurrido que dos de ellas se quedaran de pronto suspendidas al borde de una ventana, a punto de caer. El reborde era elevado, casi a la altura de un piso. Sus piernas flacas cedían, iban a caer de espaldas en unos segundos... Un buen mozo que pasaba por ahí, afortunadamente, había logrado alcanzarlas a tiempo.

A veces permanecían hasta una hora paralizadas, como lo exigía la regla, en la posición en que la señal las había sorprendido. Con los brazos o una pierna en el aire, el cuello torcido o la espalda encorvada. Con las manos rozando el piso, anquilosadas, antes de haber podido recoger una punta de la manga de un viejo abrigo o incluso, increíble, el papel todavía grasiento de un paquete de mantequilla, extraviado, no sé cómo, desde el refectorio de los centinelas. Por más grande que fuera, el deseo de continuar el movimiento emprendido no lograba ponerlas en movimiento. Estaban muertas —ninguna tentación las hubiera despertado.

Por lo tanto, también había juegos. Las niñas habían inventado éste: el "de los maniqués". Trataban de convertirse bruscamente en unas señoritas, unas damas graciosas. La inmovilidad de las pequeñas estatuas sucias y andrajosas simulaba incluso cierta elegancia, aquella que debía armonizarse con un mundo que todavía conservaría, creían ellas, el modelo de las damas nobles y distinguidas cuya perfección alcanzaba la rigidez de los maniqués.

Su juego hubiera podido, sin embargo, llevar otro nombre. Su inmovilidad, en el estado en que se hallaban, casi desnudas, esqueléticas, la tiesura que las cuajaba, la forma de detenerse bruscamente y no moverse en absoluto —hasta contener el aliento— no presagiaba nada bueno.

Mientras las miraba, el muchacho se había preguntado más de una vez si ese juego no entrañaría, no acarrearía funestas consecuencias. Le parecía sentir próximo el cañón de un rifle oculto apuntando tras un muro o desde lo alto de un mirador... Esta clase de juego hubiera divertido tremendamente a los centinelas. En el instante en que recibieran la señal, con un grito que a menudo imitaba un disparo, las pequeñas no sabrían que una de ellas se había desplomado. Ignorarían que la detonación no era fingida, la caída del blanco no formaba parte del juego.

Se las daban de pícaras, encantadas de haber adquirido el arte de conservar, en la inmovilidad, el orgullo y la delicada coquetería de otro mundo, donde imaginaban, a menos que lo hubieran oído contar por los viejos, que todavía existían señoras y señores hechos con toda la intención de ser admirados, de lejos, detrás de los aparadores... El muchacho creía ver, oculta a pocos pasos de ahí, la boca del rifle o, más pequeña, la del revólver, que las acechaba y daría brutalmente la señal de otro juego, que divertiría mucho a los soldados.

El día en que, sorprendidas por la alerta en el borde de la alta ventana, casi bajo el techo del dormitorio colectivo donde se amontonaban filas de camas superpuestas y pegadas unas contra otras, las dos pequeñas perdían el equilibrio, alcanzadas in extremis por Lica, el primo gigante de cabellos rizados, rojos, ahora blancos también, un color único, una especie de rosa ladrillo apagado, ese día, el muchacho tuvo la certeza de que ahora la desgracia se había producido. Aterrado, sólo abrió los ojos al cabo de un largo instante: las dos morenillas corrían de nuevo. Todavía parecían atemorizadas, es cierto, pero estaban vivas, alegres, era para no creerse.

Alrededor, detrás de la cerca, las flores brotaban. Era la primavera, se oían los pájaros. No hubiera sabido reconocerlos, nombrarlos; nadie había tenido la oportunidad de hablarle de las flores o de los pájaros. Y tampoco de todos los insectos que subían al mismo tiempo que el sol.

Se había apoyado en uno de los postes de la estacada. Con los ojos cerrados, amodorrado por la pereza que subía en él. Sentía cada vez más calor, se desabotonó la camisa hasta la cintura. Una camisa abigarrada, hecha con pedazos dispersos, colocados al azar: su madre los había conseguido quién sabe dónde. Había abierto los dos botones, uno rosa, de edredón,

en el cuello, el otro cosido en la parte de abajo, cerca del pantalón, un grueso botón negro, "de gabardina", como repetía Lica para hacerlo rabiar. Había abierto los dos botones y separado los faldones de la camisa, desnudando un pecho flaco, huesudo, terroso. Mantenía los párpados cerrados, que palpitaban bajo la luz.

El sol calentaba sus costillas delgadas, todavía sin formar... libradas a la bala que el rifle escupiría.

Recibió el golpe en pleno pecho. Lo primero que pensó, antes de abrir los ojos de nuevo: "no se oyó nada, no hubo disparo". Nada, en efecto.

Oía el zumbido muy cerca, sobre su pecho. Sentía el dardo profundamente clavado en el lugar de la picadura. Agitó los brazos hacia todos lados, gritó. Eso era la muerte, apenas unos instantes más, y todo se derrumbaba, le faltaba tiempo. Corría, pálido, apuñalado, un muerto de grandes ojos negros enloquecidos, el bicho amarillo lo perseguía, revoloteaba sobre sus hombros. Levantaba las manos, se protegía, tropezaba, se iba de nuevo. La camisa se le había resbalado completamente de los hombros, se desvió, galopaba sin voltear atrás. Saltaba, la tierra se abría bajo cada uno de sus saltos, corría con la boca abierta, lívido, sudoroso, para ganar los últimos segundos, llegar a tiempo. El dolor progresaba, flecha delgada y rápida, el veneno subía, sería demasiado tarde... chocó con la puerta de la casucha, se abalanzó en el interior.

El tío miraba como de costumbre hacia afuera, entre las tablas. La vieja rezaba en un rincón. No hubieran podido prestarle auxilio, ni siquiera lo notaron. Se tambaleaba, sus fuerzas pronto lo abandonarían, lo sabía, se precipitó a la casa de junto, contra la puerta de los vecinos, más lejos, con los otros, más lejos, en el pasillo. Ya no podía hablar, se ahogaba, las mejillas ardientes, empapadas de lágrimas.

Cruzó el umbral de un salto, le dio la vuelta al patio sollozando, desesperado. El tiempo se alejaba cada vez más rápido, entró en otra casucha y la encontró ¡al fin! Apenas alcanzó a mostrarle la hinchazón sobre su pecho, el lugar tocado. Jadeaba, le suplicaba, rápido, rápido, había que intentarlo todo, ahora mismo. Tal vez se podía salvar todavía... le habían apuntado, lo habían golpeado, picado, algo amarillo, venenoso... Pero la mano rugosa le acariciaba el cabello, para tranquilizarlo. Caricias estúpidas, la forma que tenía su madre de perder el tiempo. Vaya, no encontraba ya fuerza alguna, se moría, y ella, aun ella, que no se daba cuenta de la desgracia. "No es nada, una abeja, no es nada", pero su voz tranquila aterraba al muchacho. Así pues, ella tampoco, no entendía...

¡Iba a levantar la vista, a aullar, cuando oyó a sus espaldas una carcajada salvaje, que conocía demasiado bien. Su primo, Lica, se golpeaba los muslos. Ese grandulón ahora estaba descarnado, tenía triste aspecto, pero conservaba fuerzas. Y las había juntado todas, el muy insolente, en esa risa en la que lo sumergía.

EL TÉ DE PROUST

Entre la gente agrupada, atraída por el espectáculo, tras las pesadas puertas de madera, se encontraban tal vez viajeros o allegados que los acompañaban, o bien esos eternos mirrones que pueblan las estaciones. Aquella tarde, ninguno pudo acceder a la sala de espera. Y ni siquiera lograban ver lo que ocurría en el interior. Los ojos de buey estaban muy altos y los vidrios de las puertas demasiado sucios y empañados.

La sala era inmensa. Difícil imaginar que pudiera animarse alguna vez; en ella todo se perdía, se ahogaba. Anidados en sus hatillos, apretujados los unos contra los otros, en círculos que iban de los muros hacia el centro, los andrajosos ocupaban todo el espacio. El ruido no se calmaba.

Unas voces agudas, desesperadas, otras roncadas, a veces gemidos cavernosos, subían, de repente, cuando aparecían las enfermeras. Las batas blancas navegaban a duras penas entre todas esas piernas y cuerpos revueltos, detenidas por esas manos que se levantaban por todas partes e intentaban agarrarse a un faldón o una manga, cuando no a la cintura, los hombros, el cuello de esas bellas señoras. Gritaban, suplicaban, gruñían, maldecían. Algunos lloraban, sobre todo los que, hallándose más lejos, perdían la esperanza de tocar la bolsa y la taza.

Habría sido inútil que los curiosos agrupados tras las puertas de madera y de vidrio grueso intentaran evaluar la edad o el sexo en la figura de los esqueletos envueltos con trapos encordelados, que habían sido amontonados en la sala de espera de la estación. Todas las mujeres semejabán viejos presidiarios chochos, y los niños, cuyos cráneos demasiado grandes se mecían entre ellas, hombres apocalípticos, apachurrados, empequeñecidos por un mismo instrumento de tortura que hubiera comprimido todas sus dimensiones.

Las enfermeras sabían, ciertamente, que ningún hombre se encontraba en la sala, como ninguna muchacha o mujer joven. Y si hubieran podido interpretar los gemidos y los quejidos, hubieran comprendido que esta misma ausencia agravaba el pánico: todos estos desgraciados no podían creer que se les estaba salvando. Sospechaban una nueva astucia, más diabólica, destinada seguramente a preparar otros tormentos, tal vez aun, quién sabe, su fin. De otra manera ¿por qué habría recogido a todos los hombres y las mujeres en plena madurez? ¿Para traerlos más tarde, en otro tren? ¿Acaso no habría suficiente lugar? ¿O bien alguien se habría opuesto a que yacieran unos sobre otros? Hubieran podido prescindir de esos grandes vagones lujosos que los mecían como literas reales... Hubieran podido traerlos en carretas, obligarlos a andar decenas de kilómetros si fuera necesario, pero juntos, los hombres, las esposas, las hermanas, los hijos y las hijas y los viejos y los niños, todos.

...Rapada, como sus compañeras, con la cabeza encapuchada por una bolsa, la mujer frente a la que estaba la enfermera tampoco tenía edad. Callaba. No había reaccionado cuando su vecina le había quitado de las manos un pedazo de cobija para enrollarse en él. No había esbozado un sólo movimiento cuando la anciana, a su izquierda, al ver en su mutismo la confirmación de sus propios presentimientos, había sido presa de convulsiones, los brazos hacia el cielo. Pero había acabado por levantar la cabeza: una máscara arrugada, marchita y envejecida, de fenicio. Pero ni siquiera se estremeció cuando la enfermera retrocedió de un paso, sofocada por el olor... La observaba, era todo. Como el gnomo cuya cabeza amarilla descansaba sobre su hombro desnudo.

La sala trepidaba, enardecida. Un rumor continuo, rítmico, hacía el techo más bajo y acercaba las paredes. La sala se achicaba. Y sin embargo todo sucedía abajo, realmente hasta abajo. Había que alzar la vista echando toda la cabeza hacia atrás para ver el techo alejarse como un cielo cada vez más alto, fuera de alcance. El ruido quedaba detrás, lejos, muy lejos, apagado, en alguna parte, abajo. Sobre el piso, el alboroto era ensordecedor, el miedo agotaba, hacía olvidarlo todo.

Ahora se le olvidada a ella pensar constantemente en todo lo que podía haber ocurrido en ese tren que todavía no llegaba. No la hubieran admitido, lo sabía, parecía una anciana, nadie hubiera creído que no tenía ni treinta años. Además, no hubiera tenido ningún motivo para querer tomar el tren destinado a los hombres y las jóvenes. Seguramente, también ella había visto a mi padre y mi prima apretándose descaradamente uno contra otro desde que habían dejado las filas. No los había mirado pero, por supuesto, lo había visto todo. Se había colocado quietamente en su puesto apretando sin vigor la mano del enano que se arrastraba detrás de ella. Ni siquiera lo había apresurado. Le había ayudado a escalar el alto estribo del vagón. Había sentido claramente que el muchacho, antes de entrar, volteaba la cabeza hacia los otros dos, que seguían en el andén, apretándose demasiado. Pero no había dicho nada, luego se había sentado en la banca y, cansada, había cerrado los ojos.

Tal vez allí, abajo, el ruido confuso de todas esas voces que jumbrosas la aniquilara, le hiciera olvidar... pero se volvió, bruscamente, empujó el cuello demasiado frágil del gnomo, lo echó del nido en que se había acurrucado. De todos modos, su hombro puntiagudo y duro no hubiera podido sustituir, aun en un sueño del niño, el recuerdo tan anhelado de las plenas redondeces de una almohada bien rellena.

Entretanto, las manos que tocaron el cuello y los brazos, delgados y secos como sarmientos, del pequeño salvaje, eran las de la mujer de bata blanca. La mujer le sonreía al enano e inclinaba hacia él la cruz roja que brillaba sobre su frente. Le ofrecía la bolsa de galletas y la taza.

La taza ardía. El rostro marchito y ajado de la fiercecilla bajó hasta el círculo de líquido amarillento, en el vaho de un

aroma extraordinario. Un placer único, que no podía durar, en el que nadie hubiera podido demorarse sin temor, por más feliz que fuera. Un placer imposible pero real pues la sala también era real y ruidosa, y oyó sobre su cabeza la bolsa de papel que se rompía y las galletas llenaron el hueco de su mano.

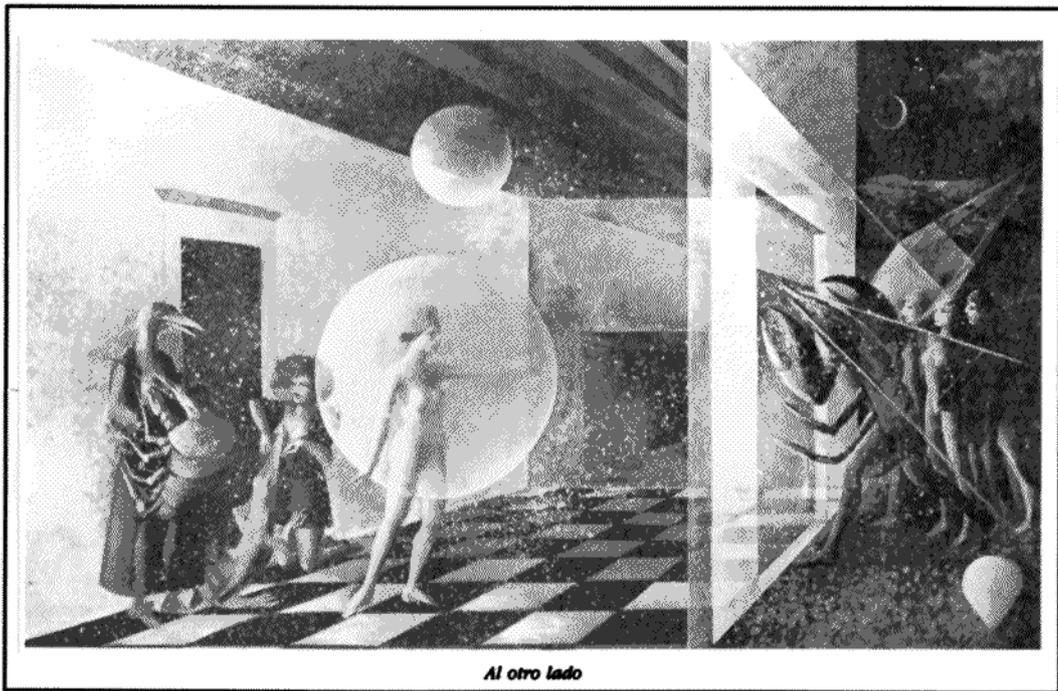
El niño bebía a sorbos, embotado por el bienestar, atemorizado. Comprendía que todo era real y que por lo tanto se acabaría; él mismo, aturdido por el arrebató, apuraba el fin. La taza estaba medio vacía. Dejó de beber, abrió la mano y miró las galletas cortas y rollizas. Se puso a comisquear, pacientemente, una primera concha gruesa, de sabor suave. Sólo en ese momento sintió el hambre. Entonces, se zampó el puñado de galletas en la boca. Un enano enternecedor, aunque horrible, por eso la señora le dio a su madre una segunda bolsa.

—Bebe tu té. Bebe, mientras está caliente.

Puede ser, como se dice, que las almas de los que perdimos se refugien en efecto en algún objeto inanimado. Ausentes hasta el día en que sienten que nos acercamos a ellas y que nos llaman, para reconocerlas y librarlas de la muerte. Puede ser, en efecto, que no sea posible llevar el pasado a un orden de la memoria y que sólo renazca gracias a la sensación extraña, espontánea, que vivimos cuando encontramos de nuevo el olor, el gusto, el sabor de cualquier accesorio inerte de antaño.

Pero el aroma de esa bebida divina no hubiera podido recordar nada: semejante placer nunca había existido. Si juzgaba por lo que conocía, en todo caso, este licor embrujado bajo ningún pretexto hubiera podido llamarse té.

Por eso había que levantar los ojos hacia el cielo de piedra sucia donde zumbaban negros enjambres de moscas y donde el abuelo, el único capaz de responder, debía aparecer.



Al otro lado

Se habían reunido, como de costumbre, en torno a él, cada uno apretando su taza hirviendo de agua verdosa. Hierbas recogidas en esos parajes desconocidos, a las cuales el abuelo añadía a veces, cuando las hallaba, flores de acacia.

Sobre la alta bóveda de la sala de espera, cuyos focos atraían nubes de moscas despiertas, aparecieron pues, como sobre una pantalla redonda, el abuelo, la abuela, los padres, la tía, que se calentaban las manos con el calor de las tazas, todos con la mirada fija en un mismo punto en el aire, frente a ellos. También estaba, naturalmente. Anda... Con aire zalamero, sumiso, tenía suficiente desvergüenza para participar pese a todo en el ritual del té, al que el abuelo los invitaba a todos, observándolos a menudo con insistencia; así ellos comprenderían que él conocía los menores actos de cada uno —de sus hijas, pero también de su nuero y de esa bella y culpable nieta.

...El abuelo, que volvía a vivir, no desprendía la vista del pequeño cubo blanco de azúcar sujetado, como cada vez, a la lámpara que colgaba del techo. Y todos debían mirarlo también, sin desampararlo, durante unos minutos, antes de empezar a beber su agua caliente. Los que recordaban el sabor del azúcar, es decir los que habían tenido la oportunidad, antes del desastre, de acostumbrar su paladar al sabor de los pequeños paralelepípedos blancos, sentían poco a poco sus labios húmedos, pegajosos. El brebaje salobre se volvía dulce, se volvía bueno, "té de verdad", decía el abuelo.

La ceremonia se repetía casi todas las tardes, según lo disponía con severidad, por lo demás no sin humor, el anciano de barba salvaje, con partes todavía negras. Con la seguridad de volver a tiempos mejores, había conservado, signo del ayer y signo para el mañana, ese pedazo de azúcar sucio. Mientras vertían el agua hirviendo en las tazas, a nadie se le permitía mirar a otra parte que a la suya, y escuchaban el agua estremecerse y gorgotear en cada taza hasta que todas estuvieran llenas. Luego levantaban la vista hacia la lámpara de la que pendía, en la punta de un hilo, el dado de azúcar, casi blanco. Había que mirarlo con paciencia, un largo rato, y beber lentamente el té, empezar a beberlo solamente cuando uno sentía los labios, la lengua, la boca, todo el ser revivificado, suavizado por el recuerdo de un mundo al que no debíamos renunciar porque —pensaba el abuelo— él no había renun-

ciado a nosotros, no podía prescindir de nosotros. El vaho del té subía por encima de las tazas, y se callaban, se concentraban, como se les pedía, en un pedazo de azúcar no muy claro, que a su abuelo se le había ocurrido conservar y colgar todos los días frente a ellos.

Allá arriba, por encima del alboroto en el cual todos esos desgraciados intentaban, en vano, volver a la vida de antaño, allá arriba, en un espacio libre, aislado de la sala enorme, el abuelo, tan confiado en ese retorno ocurrido demasiado tarde para él, hubiera podido confirmarles que el maravilloso licor sí era la prueba de que el mundo los admitiría de nuevo, pero ese extraño brebaje no se parecía, ni de lejos ni de cerca, a "té de verdad".

—Mojas las galletas en tu té. Bebe, mientras está caliente.

—Bebe, mientras está caliente, repetían, ya una mujer, ya la otra.

Mojadas en el té, las galletas redondas y rollizas tenían, ciertamente, el sabor mismo de la felicidad; si el tiempo les hubiera sido concedido... Es decir un abandono total, en la plenitud embriagante de la sensación, don inestimable que sólo los grandes elegidos pueden esperar merecer y, un día, traer y devolver, en un intercambio milagroso.

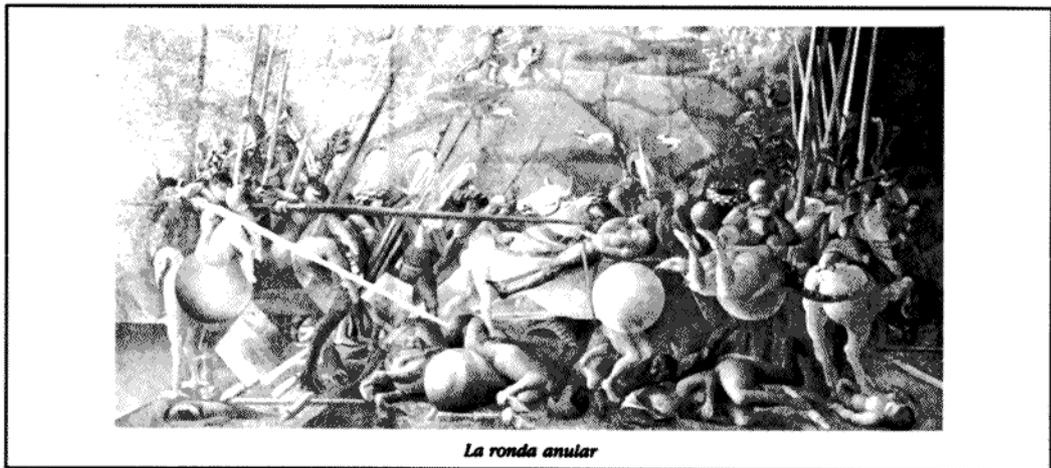
Las galletas sabían a jabón, a lodo, a óxido, piel quemada, nieve, hojas, lluvia, osamentas, arena, moho, melena mojada de borrego, esponjas, ratón, madera podrida, pescado, el sabor único del hambre, del hambre.

Hay así ciertos dones cuya única cualidad y único defecto es no poder ser intercambiados por nada. No pueden ser, otro día, llamados, poseídos de nuevo, restituidos.

El miedo y el hambre, la humildad, la impaciencia ciega, huraña, del pequeño salvaje, una soledad feroz: eso es lo que de él se había conservado. Así solamente, quizá, la infancia también.

¿Existencia profunda, estado de gracia y embelesamiento, embriaguez y olvido de sí? ¿El sabor y el olor y el exceso de esos albergues donde la espera parece prolongar un nacimiento infinito?

Si después he perdido algo, es justamente la crueldad de la indiferencia. Más tarde solamente; no sin dificultad; mucho más tarde. Pues sólo muy tarde me volví lo que llaman... un ser sensible.



La ronda anular